

taleza, con circuito almenado y dos torres —una de ellas, la llamada **mocha**, verdadero baluarte defensivo—, por lo que vino a representar una de las cuatro catedrales a la sazón más famosas de España, según el conocido adagio del siglo XIV, que la proclama **Fortis Salmantina**. Posteriormente, se alteró su fisonomía exterior al quedar terminada la catedral nueva, que le ha restado visibilidad, no obstante lo cual conserva su aspecto bellísimo, unánimemente elogiado, ya que, como dice Tormo, “en ninguna otra catedral del mundo se puede hablar de **transición** mejor que en ésta, pues fué aquí evolutivo y personal el paso de lo románico a las insignes novedades a la vez de lo bizantino y del gótico, y con igual evolución personal en lo decorativo y lo figurado escultórico”.

Como en el siglo XV resultaba insuficiente la vieja catedral románica, fué necesario construir otra mayor. Antón Egas, maestro de la catedral de Toledo, y Alonso Rodríguez, que lo era de la de Sevilla, hicieron el estudio de la obra, y cuatro años después el Cabildo convocó junta de arquitectos, la cual emitió minucioso dictamen para la edificación del nuevo templo, gótico con cabecera estrellada, siguiendo el plan de Egas y Rodríguez. A los tres días fué nombrado maestro de la edificación Juan Gil de Hontañón, quien puso la primera piedra el 12 de mayo de 1513. A su muerte sucedióle su hijo, del mismo nombre, y a éste, cuatro años después, Juan de Alava. Fallecido Alava en 1537, encargóse de la obra el hijo segundo de Gil de Hontañón, Rodrigo, que dirigía también, como su padre, las obras de la Catedral de Segovia. En 1560 ya se había construido la mitad, o sea, el crucero, por lo que decidióse cerrar la iglesia con un muro provisional, y trasladar a ella el culto desde la catedral vieja. En 1588 se manifestaron encontradas opiniones respecto a continuar el plan primitivo o cambiar

de estilo, optándose por variar únicamente la planta de la cabecera, que aunque estaba proyectada redonda la hizo cuadrada, como en Sevilla, el maestro de entonces, Juan del Rivero, que lo era también de la catedral de León. En el siglo XVIII, Joaquín Churriguera remató las bóvedas y la torre e hizo el cimborrio, inaugurándose el templo en 1733. Todavía en 1755 se le agregaría la sacristía.

Con razón esta catedral ha sido calificada de enorme, pues forma un rectángulo de 104 metros de longitud y 48 de anchura. El aspecto exterior, en el que se perciben los tres escalonados, de los cuales emergen la torre y la cúpula, ofrece admirable golpe de vista, dada su exuberancia decorativa, de aérea sutileza. La fachada principal, o del Oeste, comprende tres arcos semicirculares sostenidos por fuertes pilares, que flanquean a un lado la gran torre y al otro una torrecilla almenada, y coronado el central por un frontispicio plateresco rasgado en el hastial de la nave mayor. En cada arco se abre una puerta: la principal, con decoración escultórica verdaderamente fastuosa, de traza gótica y detallismo plateresco, en la que descuellan los relieves del Nacimiento y la Adoración de los Pastores, debidos a Juan Rodríguez, discípulo de Gregorio Fernández, y, a los lados, las del Obispo y San Clemente, con análogas arquerías superpuestas. La fachada del Norte tiene dos puertas: la llamada de Ramos, cuya decoración primorosa (esculturas de los cuatro Evangelistas y relieve de la entrada de Jesús en Jerusalén) hizo también Juan Rodríguez, y la del crucero, cegada desde su fundación. En la fachada meridional existe otra puerta, que da al llamado Patio Chico, correspondiente al extremo opuesto del crucero.

La torre, una de las dos que había situadas a los pies de la catedral vieja, fué objeto de varias modificaciones, pues primero el incendio de 1705 obligó a su re-

*Palacio de Monterrey*

